



O. Henry

Pasajeros En
Arcadia

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

PASAJEROS EN ARCADIA

O. HENRY

PUBLICADO: 1904
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PASAJEROS EN ARCADIA

«¿De qué sirve huir a las montañas o a la orilla del mar para escapar del ruido y el polvo, si la misma gente que los provoca nos sigue hasta allí?».

Hay un hotel en Broadway que ha escapado al descubrimiento de los promotores de destinos veraniegos. Es profundo, ancho y fresco. Sus habitaciones están acabadas en un roble oscuro de baja temperatura. Brisas de fabricación propia y una frondosa vegetación le otorgan los placeres de los Adirondacks sin sus inconvenientes. Uno puede subir por sus amplias escaleras o deslizarse ensoñadoramente hacia arriba en sus ascensores aéreos, atendido por guías con botones de latón, con una alegría serena que los alpinistas jamás han alcanzado. En su cocina hay un chef que le preparará una trucha de arroyo mejor que la que jamás se sirvió en las Montañas Blancas, un marisco que haría palidecer de envidia al mismísimo Old Point Comfort — ¡pardiez, señor! — y un venado de Maine que derretiría el corazón oficial de un guardabosques.

Unos pocos han descubierto este oasis en el desierto de julio de Manhattan. Durante ese mes, verá usted al reducido grupo de huéspedes del hotel esparcido lujosamente en la fresca penumbra de su elevado comedor, mirándose unos a otros a través del níveo páramo de mesas desocupadas, en silenciosa felicitación mutua.

Camareros solícitos, vigilantes y de movimiento neumático merodean cerca, satisfaciendo cada deseo antes de que sea expresado. La temperatura es un abril perpetuo. El techo está pintado con acuarelas para imitar un cielo

de verano por el que derivan nubes delicadas que no se desvanecen como lo hacen, para nuestro pesar, las de la naturaleza.

El agradable y lejano rugido de Broadway se transforma en la imaginación de los felices huéspedes en el estruendo de una cascada que llena el bosque con su sonido relajante. A cada paso desconocido, los huéspedes aguzan el oído, temerosos de que su retiro sea descubierto e invadido por los incansables buscadores de placer que acosan sin cesar a la naturaleza hasta sus más profundas guaridas.

Así, en el despoblado caravasar, el pequeño grupo de entendidos se esconde celosamente durante la estación calurosa, gozando al máximo de las delicias de la montaña y la costa que el arte y la habilidad han reunido y servido para ellos.

En este mes de julio llegó al hotel una persona cuya tarjeta, entregada al recepcionista para que registrara su nombre, decía: «Mme. Heloise D'Arcy Beaumont».

Madame Beaumont era la clase de huésped que el Hotel Lotus adoraba. Poseía el fino aire de la élite, atemperado y endulzado por una gracia cordial que convertía a los empleados del hotel en sus esclavos. Los botones se peleaban por el honor de responder a su llamada; los recepcionistas, de no ser por la cuestión de la propiedad, le habrían cedido el hotel y su contenido; los demás huéspedes la consideraban el toque final de exclusividad y belleza femenina que hacía perfecto el entorno.

Esta excelentísima huésped rara vez abandonaba el hotel. Sus hábitos estaban en consonancia con las costumbres de la selecta clientela del Hotel Lotus. Para disfrutar de tan delectable hospedería, uno debe renunciar a la ciudad como si estuviera a leguas de distancia. Por la noche, una breve excursión a las azoteas cercanas es aceptable; pero durante el tórrido día, uno permanece en las umbrosas fortalezas del Lotus, como una trucha suspendida en los translúcidos santuarios de su poza favorita.

Aunque sola en el Hotel Lotus, Madame Beaumont mantenía el porte de una reina cuya soledad era solo de posición. Desayunaba a las diez, un ser fresco, dulce, pausado y delicado que brillaba suavemente en la penumbra como una flor de jazmín en el crepúsculo.

Pero era en la cena cuando la gloria de Madame alcanzaba su apogeo. Vestía un traje tan hermoso e inmaterial como la niebla de una catarata invisible en un desfiladero montañoso. La nomenclatura de este vestido escapa a la conjetura del que escribe. Siempre, rosas de un rojo pálido reposaban sobre su parte delantera adornada con encaje. Era un vestido que el jefe de sala contemplaba con respeto y recibía en la puerta. Al verlo, uno pensaba en París, y quizá en misteriosas condesas, y ciertamente en Versalles y estoques y en la señora Fiske y en el rouge-et-noir . Corría un rumor impreciso en el Hotel Lotus de que Madame era una cosmopolita, y que movía con sus esbeltas manos blancas ciertos hilos entre las naciones a favor de Rusia. Siendo ciudadana de los caminos más refinados del mundo, no era de extrañar que reconociera rápidamente en los distinguidos aledaños del Hotel Lotus el lugar más deseable de América para una estancia de descanso durante el calor de pleno verano.

Al tercer día de la estancia de Madame Beaumont en el hotel, un joven entró y se registró como huésped. Su vestimenta —por mencionar sus atributos en el orden debido— era discretamente moderna; sus facciones, bellas y regulares; su expresión, la de un hombre de mundo aplomado y sofisticado. Informó al recepcionista de que se quedaría tres o cuatro días, preguntó por las salidas de los vapores europeos y se sumió en la dichosa inanición del incomparable hotel con el aire satisfecho de un viajero en su posada favorita.

El joven —sin poner en duda la veracidad del registro— era Harold Farrington. Se adentró en la exclusiva y tranquila corriente de vida del Lotus con tanto tacto y silencio que ni una sola onda alarmó a sus compañeros buscadores de reposo. Comió en el Lotus y de su patronímico, y fue arrullado a una paz dichosa junto a los otros afortunados marineros. En un día, adquirió su mesa, su camarero y el temor a que los jadeantes perseguidores de reposo que mantenían Broadway caldeado se abalanzaran sobre este contiguo pero encubierto refugio y lo destruyeran.

Al día siguiente de la llegada de Harold Farrington, después de la cena, a Madame Beaumont se le cayó el pañuelo al salir. El señor Farrington lo recogió y se lo devolvió sin la efusividad de quien busca iniciar una relación.

Quizás existía una mística francmasonería entre los selectos huéspedes del Lotus. Quizás se sentían atraídos el uno por el otro por el hecho de su fortuna común al descubrir el summum de los destinos veraniegos en un hotel de Broadway. Se cruzaron entre ambos palabras de delicada cortesía, vacilantes en su abandono de la formalidad. Y, como si se hallaran en la atmósfera propicia de un verdadero lugar de veraneo, una relación surgió, floreció y fructificó en el acto, como la planta mística del prestidigitador. Durante unos instantes, permanecieron en un balcón donde terminaba el pasillo, lanzándose la etérea pelota de la conversación.

—Una se cansa de los viejos destinos —dijo Madame Beaumont, con una sonrisa leve pero dulce—. ¿De qué sirve huir a las montañas o a la orilla del mar para escapar del ruido y el polvo, si la misma gente que los provoca nos sigue hasta allí?

—Incluso en el océano —observó Farrington, con tristeza—, los filisteos nos acosan. Los vapores más exclusivos se están volviendo poco más que transbordadores. Que el cielo nos ayude cuando el veraneante descubra que el Lotus está más lejos de Broadway que las Mil Islas o Mackinac.

—Espero que nuestro secreto esté a salvo durante una semana, al menos —dijo Madame, con un suspiro y una sonrisa—. No sé a dónde iría si se abalanzaran sobre el querido Lotus. Solo conozco un lugar tan delicioso en verano, y es el castillo del conde Polinski, en los montes Urales.

—He oído que Baden-Baden y Cannes están casi desiertos esta temporada —dijo Farrington—. Año tras año, los viejos destinos caen en descrédito. Quizás muchos otros, como nosotros, están buscando los rincones tranquilos que la mayoría pasa por alto.

—Me prometo tres días más de este delicioso descanso —dijo Madame Beaumont—. El lunes zarpa el Cedric.

Los ojos de Harold Farrington proclamaron su pesar.

—Yo también debo partir el lunes —dijo—, pero no viajo al extranjero.

Madame Beaumont se encogió de hombros con un gesto extranjero.

—No se puede permanecer aquí para siempre, por encantador que sea. El château lleva más de un mes en preparación para mi llegada. Esas fiestas

que una debe dar... ¡qué fastidio! Pero nunca olvidaré mi semana en el Hotel Lotus.

—Ni yo tampoco —dijo Farrington en voz baja—, y nunca perdonaré al Cedric.

El domingo por la noche, tres días después, los dos estaban sentados a una mesita en el mismo balcón. Un discreto camarero trajo helados y pequeñas copas de ponche de clarete.

Madame Beaumont llevaba el mismo hermoso vestido de noche que había lucido cada día en la cena. Parecía pensativa. Cerca de su mano, sobre la mesa, había un pequeño bolso de châtelaine. Después de comerse el helado, abrió el bolso y sacó un billete de un dólar.

—Señor Farrington —dijo, con la sonrisa que había conquistado al Hotel Lotus—, quiero contarle algo. Voy a marcharme mañana antes del desayuno, porque tengo que volver a mi trabajo. Trabajo en el mostrador de mercería de los grandes almacenes Casey, y mis vacaciones terminan mañana a las ocho. Ese billete de un dólar es el último céntimo que veré hasta que cobre mi sueldo de ocho dólares el próximo sábado por la noche. Usted es un verdadero caballero, y ha sido muy amable conmigo, y quería decírselo antes de irme. Llevo un año ahorrando de mi sueldo solo para estas vacaciones. Quería pasar una semana como una dama, aunque no vuelva a hacerlo nunca más. Quería levantarme cuando me apeteciera en lugar de tener que arrastrarme fuera de la cama a las siete cada mañana; y quería vivir de lo mejor y que me sirvieran y tocar timbres para pedir cosas, igual que hacen los ricos. Y ya lo he hecho, y he pasado el tiempo más feliz que espero tener en mi vida. Voy a volver a mi trabajo y a mi pequeña habitación de alquiler satisfecha por otro año. Quería contárselo, señor Farrington, porque... porque pensé que yo le gustaba un poco, y... y usted a mí también. Pero, ¡ay!, no pude evitar engañarle hasta ahora, porque todo esto era como un cuento de hadas para mí. Así que hablé de Europa y de las cosas sobre las que he leído de otros países, y le hice creer que era una gran dama.

»Este vestido que llevo puesto —es el único que tengo que sea decente— lo compré en O'Dowd & Levinsky a plazos.

»Setenta y cinco dólares es el precio, y me lo hicieron a medida. Di una entrada de diez dólares, y tienen que cobrarme un dólar a la semana hasta que esté pagado. Eso es todo lo que tengo que decir, señor Farrington, excepto que mi nombre es Mamie Siviter en lugar de Madame Beaumont, y le agradezco sus atenciones. Este dólar pagará el plazo del vestido que vence mañana. Supongo que ya me voy a mi habitación.

Harold Farrington escuchó el relato de la huésped más encantadora del Lotus con semblante impasible. Cuando ella concluyó, sacó de su bolsillo un pequeño libro parecido a un talonario. Escribió en un formulario en blanco con un cabo de lápiz, arrancó la hoja, se la lanzó a su compañera y cogió el billete de un dólar.

— Yo también tengo que volver al trabajo por la mañana — dijo —, y más vale que empiece ya. Ahí tiene un recibo por el plazo del dólar. He sido cobrador para O'Dowd & Levinsky durante tres años. Curioso, ¿verdad?, que usted y yo tuviéramos la misma idea sobre cómo pasar nuestras vacaciones. Siempre quise alojarme en un hotel de lujo, y ahorré de mis veinte semanales, y lo hice. Oiga, Mame, ¿qué le parece una excursión a Coney Island el sábado por la noche en el barco?

El rostro de la pseudo Madame Heloise D'Arcy Beaumont se iluminó.

— ¡Oh, ya lo creo que iré, señor Farrington! La tienda cierra a las doce los sábados. Supongo que Coney Island estará bien, aunque hayamos pasado una semana con la gente elegante.

Bajo el balcón, la sofocante ciudad gruñía y zumbaba en la noche de julio. Dentro del Hotel Lotus reinaban las sombras frescas y atemperadas, y el solícito camarero se deslizaba cerca de los ventanales bajos, dispuesto a servir a Madame y a su acompañante a la menor señal.

En la puerta del ascensor, Farrington se despidió, y Madame Beaumont realizó su último ascenso. Pero antes de que llegaran a la silenciosa cabina, él dijo:

— Olvide eso de «Harold Farrington», ¿quiere? McManus es el apellido. James McManus. Algunos me llaman Jimmy.

— Buenas noches, Jimmy — dijo Madame.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB